

## PRÓLOGO

Entre Scila y Caribdis.—¿Elijo ó no mujer?



PARA casi todos los hombres, hasta la edad de treinta años, de su vida al menos, el amor es una de las necesidades más imperiosamente sentidas, sin otro freno que los preceptos consignados en los códigos, que no se cumplen, y de las conveniencias sociales, que fácilmente se infrin-

gen, siempre que marche del brazo de la hipocresía; pero, entiéndase bien, de una hipocresía culta, distinguida y de buen tono.

¿Cómo se satisface esta necesidad, una de las más humanas?

*Comprando un tanto de amor á la hora, al mes, al año.*

*Viviendo de rapiña.*

*Elijiendo mujer.*

Estas tres maneras de amar parecen distintas, que se excluyen más que se combaten; pero cuando la hipocresía está en el timón de la navicilla y sirve de guía en el *maremagnum* de la vida, si éste sabe dirigirse con habilidad y destreza, hace disfrutar á un mismo tiempo de todas ellas; y navegando entre escollo y escollo, sin peligros y sin luchas, ofrece las delicias de un viaje hecho por un bellissimo archipiélago, en que islas é isletas se cruzan y casi se tocan; donde tierra, montes y panoramas se confunden en un cuadro alegre, pintoresco, deliciosísimo.

Si marcha por las aguas tranquilas del matrimonio, y penetra en la tierra del amor vendible, no desprecia las flores y recoge conchas y perlas preciosas. Si bordea el mar tempestuoso de la rapiña, detiéndose igualmente en la isla

de los amores poéticos, confiado y constante; y así, vicio, adulterio y paz doméstica; libertinaje y juramentos eternos; ángeles y demonios, se encuentran convidados, juntos, á una misma fiesta y se sientan familiar, honestamente, á la misma mesa, sin falsos pudores y sin ningún género de remordimientos.

La civilización ha abierto al hombre de nuestro tiempo tres vías para amar; y parece que, teniendo libertad para escoger una, podía mostrarse satisfecho. Pero no, el hombre es por su naturaleza insaciable, en sus vísceras se agita eternamente el deseo de lo *desconocido*, le devora la sed de lo *mejor* y le consume el hambre de lo *más*. De aquí que si se divierte, llega á romper los diques y muros que separan las tres vías, hasta el punto de que si puede fácilmente y sin peligros pasa por sendas transversales de una á otra; y así, matrimonio, prostitución y adulterio van unidos, y si se enfadan en público, es por el buen parecer; pero en el secreto del hogar se acarician, cenan y duermen juntos.

Si esto sucede, dirá un turco, es porque debe suceder. Si esto se puede hacer, dirá un optimista epicúreo, es porque debemos navegar también en este mar, tan pronto alegre como

tempestuoso, colocando también en el timón la santa hipocresía.

Pero como no soy ni turco, ni cínico, y creo todavía en el progreso moral, en la eficacia de los libros y de la palabra hablada, y aun cuando quedase solo, creyendo que no hay felicidad verdadera sino en el bien, y no hay alegría más que en la sinceridad y en el ser interior como en el exterior, moriré con mis convicciones á despecho de todo y de todos.

En la mesa me gusta la tortilla; pero en el campo de la moral no puedo con ella. Quiero el burdel á un lado y la familia á otro, y cuando dos naturalezas, viviendo juntas, se convierte su vida en un suplicio, quiero que la ley aplique el hierro del divorcio, rompa la cadena y restituya su libertad á aquellos esclavos. Las tres maneras de amar deben estar separadas una de otra y no confundirse nunca; y yo, en vez de romper los muros que les separan, quisiera que estos muros se alzasen y se convirtieran en fortaleza insuperable.

\*  
\* \*

De las tres vías, una sola es por la que deben marchar los honrados y los afortunados. Por la

de la rapiña, sólo los ladrones, los intrigantes y los asesinos pueden andar. Por la del amor mercenario solamente deben ir los que, deseando é invocando un ideal lejano, van en dirección del matrimonio, garantizado siempre en su dignidad por la ley del divorcio.

¿Pero el matrimonio es siempre posible y siempre fácil?

No; muchas veces es imposible, siempre es difícil. Y ante él el hombre honrado se detiene asustado, meditabundo, como delante del más grave, del más intrincado, del más oscuro de los problemas de la vida.

El mal es tal, que los tímidos y los meditabundos son los mejores, y á veces el miedo y la meditación dura tanto, que llegan á la vejez, sin haber resuelto el problema y sin haber formado el nido de una familia.

Frecuentemente, los temerarios, los atolondrados, los bribones, marchan á cosa hecha por la vía del matrimonio y aun cuando se detengan por pocos instantes entre la tortura de la duda, acallan sus remordimientos, exclamando para su colete:

—Si la cosa sale mal, si por esta vía encontrase ortigas y espinas, con un buen golpe de azadón abriré una vía transversal y me compra-

ré el amor, como tantos otros, ó iré á buscarlo en casa del amigo ó del vecino. La moral es con esto tan liberal, la indulgencia del público es tan misericordiosa, que yo podría gozar de mi violación del domicilio sin incurrir en las penas del Código. Mahoma, de por sí tan severo con todas las transgresiones de las leyes escritas, cuando habla de los pecados de amor, hasta de los más graves, añade siempre: «*Pero Dios es bueno y misericordioso.*»

Y todos, á este propósito, sin haber escrito el Koran, piensan como Mahoma. Para pecados de amor «*Dios es bueno y misericordioso.*»

Por esto, ardentísimo partidario del matrimonio para mí y para los demás, deseo con todas las fuerzas del alma que los honrados y los sabios elijan mujer para que crezca en las generaciones futuras el capital de la honradez y la sabiduría, y predico y predicaré siempre hasta el último instante de mi vida:

¡Elegid mujer! El matrimonio es ahora y será siempre la manera más honrada, más sana y más ideal de amar.

Añadiendo en seguida:

Pero casáos bien: poned en la solución de este problema, el más importante de la vida, toda la fuerza de vuestro pensamiento, de

vuestros sentimientos; aliáos con todos aquellos que tenéis por mejores, los que tenéis por óptimos entre vuestros consejeros, que sean vuestros amigos.

Y después, seguid el consejo instructivo de aquel dios del buen sentido, que se llamó Benjamín Franklin. Tomad un plieguecillo de papel de cartas y después de haberle doblado por la mitad, de modo que resulten dos columnas, escribid á un lado todas las ventajas que proporciona el matrimonio, y al otro todos los males, todos los peligros en que podréis tropezar. Después de haber hecho este trabajo de análisis, examinad la medida y valor de los opuestos elementos, cancelando aquello que debe suprimirse ó cambiar, así como en álgebra  $+ 3$  y  $- 3$  es igual á cero, y veréis lo que queda sobre el papel; esto es, si predomina el bien ó rebasa el mal.

Conozco también todos los errores en que podréis incurrir. Sé que en la columna del bien, si estáis enamorados, escribiréis con tinta color de rosa, y en la del mal emplearéis siempre una tinta negrísima; pero de todos modos, esta labor analítica, este trabajo de descomposición metódica os obligará, sin que reparéis en ello, á considerar muchos elementos, que quisiérais

evitar; como si en vez de vuestros ojos, mirárais con un microscopio de gran penetración.

Y el matrimonio se estudia primero con los ojos, después con el microscopio, y por último con el telescopio. Los ojos nos muestran la parte más grande del problema; el microscopio nos hace penetrar en lo más sinuoso de nuestro amor, que lo descompone en todas sus células, en todas sus fibras, mientras que el telescopio nos hace adivinar qué ocurrirá en la evolución del tiempo con nuestra pasión, con nuestro deseo.

Si después de haber empleado ojos, microscopio y telescopio, queréis leer también mi libro, en él escucharéis la voz sincera y apasionada de un hombre, que se ha hecho médico para estudiar mejor al hombre; que ha comenzado á estudiarse á sí mismo, como al hombre que tenía más cerca; y que á este estudio cotidiano, incesante, ha dedicado *cuarenta y seis* gruesos volúmenes aún inéditos.

Escuchad la voz de un hombre, que ha estudiado también y sobre todo, á la mujer, juzgándola como lo mejor de la humanidad y á la que ama sobre todas las criaturas de la tierra, creyéndola el origen primero y principal de nuestra felicidad.

Si aún después de haber aplicado el método frankliniano al estudio del problema del matrimonio empleando ojos, microscopio y telescopio y haber leído mi libro os equivocáseis, tendréis la conciencia limpia de remordimiento, sabiendo que habéis hecho lo posible y lo imposible para alcanzar la felicidad.

Naufraga la nave, conducida por un capitán valiente y entendido, aunque esté bien construída y provista de buena brújula.

Mas para una que naufrague, ciento van sin brújula ó guiadas por un capitán ignorante y embriagado.

Y todos los que pretextan que eligen mujer sin reflexionar profunda y largamente sobre el abstruso problema, son capitanes beodos é ignorantes, que sin brújula se lanzan en el más tempestuoso de los mares.